

Para comprender esta anomalía téngase en cuenta que la Galia entonces imitaba y que la imitación, que reducida á sí misma jamás es fecunda, debía serlo en aquel tiempo menos que nunca. Así por lo que toca á las letras como por lo que se refiere á las artes, y aún más en cuanto á éstas que en cuanto á aquéllas, la civilización antigua llegaba al término de su carrera cuando nues-



Mausoleo de los Secundinos en Igel, cerca de Tréveris

tros antepasados comenzaban á estudiarla. El arte griego había recorrido el ciclo de sus transformaciones; nada quedaba que inventar ni que decir, mientras se esperaba que nuevas ideas, nuevas creencias y un nuevo ideal crearan una estética nueva. Aproximábase, pues, la decadencia que, iniciada en el siglo II, precipitábase con espantosa rapidez en el III. Faltaría explicar por qué la producción literaria de la Galia ha sido superior á su producción artística. Debíose esto no solamente á que la decadencia de las artes fué más rápida y más completa que la de las letras, sino, además, á la existencia de una especie de afinidad, á menudo señalada, entre las tendencias de las antiguas literaturas y las aptitudes nativas de los galos, al paso que existía un conflicto flagrante en los dominios del arte entre las primeras manifestaciones del genio nacional y los ejemplos que ofrecía el extranjero.

Los galos habían sobresalido en las artes industriales y esta tradición habíase conservado después de la conquista, bien que sintiendo en alto grado la influencia helénica. No hemos de mencionar aquí ciertamente ni la pátera de oro de Rennes, ni los jarrones de plata encontrados en Bernay, en Normandía y en Hildesheim (Hannóver), pues estas obras maestras de la antigua orfebrería son tan galas como la Venus de Arlés ó el Atleta de Vaisón; una y otros salieron de un taller de Alejandría á no ser que fuesen fabricados en la misma Galia por algún artista forastero, como las copas ejecutadas por Zenodoro tomando por modelo á Calamis. Pero no es dudoso que los asuntos imaginados por el arte alejandrino dieran lugar á imitaciones en nuestro país, y la prueba de ello es que reaparecen puestos al alcance de las más modestas fortunas, en la vajilla de barro llamada samia, aunque en realidad sea de origen italiano, que se fabricaba en cantidades enormes en la misma Galia, en los talleres de cerámica establecidos en gran escala en Lezoux (Puy-de-Dôme), en Vichy y en Tolón (Allier). De allí salían también esa multitud de figuritas de barro cocido, imitaciones informes de las coroplastas griegas que presentan tan curiosa semejanza con las obras similares descubiertas en Siria y en Fayum.

Y sin embargo, en el arte industrial es en donde pueden encontrarse todavía las huellas de los instintos hereditarios que se resistían á la tiranía de los modelos greco-latinos, lo cual no debe sorprendernos si tenemos en cuenta que este arte es el único indígena, el único que por una filiación directa está unido á tradiciones más antiguas que la conquista. El arte galo, que por otra parte no era exclusivo de la Galia, puesto que había imperado é imperaba todavía en una gran parte de Europa, difería en todo cuanto era posible del arte clásico y se hallaba en oposición directa con él (1); y es tal vez esta la verdadera razón por la cual este arte clásico, bruscamente transportado á un medio mal preparado para recibirlo y fundamentalmente refractario, jamás pudo prosperar en él. Mientras el helenismo perseguía la realización de lo bello por la imitación de la vida, lo que dominaba en la Europa central y septentrional era el estilo geométrico que excluye la figura humana y en el cual las mismas formas orgánicas se convierten en temas decorativos, y era también un gusto marcado por el empleo de colores vivos y por las labores metálicas caladas. Estas preferencias, que no desaparecieron durante el período romano y que se reconocen especialmente en las obras de bronce de pequeño tamaño, no se manifiestan en aquel entonces sino con cierta discreción y de una manera intermitente, al modo de arroyo que sólo en algunos puntos asoma á flor de tierra y que permanece oculto debajo de ésta en los espacios restantes; pero recobran su favor, se imponen y triunfan cuando la caída de Roma, la decrepitud de su arte y la aparición en escena de los bárbaros del Norte le libertan de las cadenas que las oprimían comunicándoles un nuevo impulso. Entonces, bajo la acción de estas tres causas, prodúcese una especie de reaparición ofensiva del estilo celta-germánico, atestiguada por la cerámica negra, por los vidriados alveolados de la época franca, por las placas re-

(1) Libro I, capítulo I, párrafo 3, y libro II, capítulo I, párrafo 1.

cortadas de las necrópolis alamánicas y borgoñonas. Son los principios del arte galo que reaparecen, y al historiador que quisiera seguir su ulterior desarrollo no le costaría gran trabajo para señalarles su participación en la maravillosa florescencia del arte francés en los siglos siguientes.

IV.—La religión y las costumbres (1)

En ninguna parte aparece tan clara la unión íntima de la Galia y de Roma como en la esfera religiosa.

Es preciso, sin embargo, distinguir, como ya lo hemos hecho, entre la religión de los galos y sus sacerdotes. No entraba en las costumbres de los romanos combatir á los ministros de las religiones extranjeras ni tampoco á las religiones mismas; pero los druidas no eran sacerdotes ordinarios; tenían una jerarquía, un jefe, asambleas regulares y periódicas y ejercían funciones judiciales y hasta políticas, prerrogativas difícilmente compatibles con la autoridad de Roma, que no podía conformarse con aquella jurisdicción civil, ni con aquella organización que habría sido, en un momento dado, un centro de maquinaciones hostiles. Para apartar esa anomalía ó ese peligro no se necesitaban leyes nuevas, sino que bastaba aplicar las existentes sobre asociaciones ilícitas. Tiberio fué quien tomó esta iniciativa, y la medida que le atribuye Plinio el Viejo (2) no tiene otro alcance: aquel emperador no suprimió los druidas, como dice con inexactitud manifiesta el referido escritor, y la prueba de ello es que los vemos subsistir después de su reinado; pero suprimió la corporación druidica.

Desde otro punto de vista caían también los druidas dentro de la legislación romana. Un senadoconsulto del año 97 antes de Jesucristo condenaba los sacrificios humanos, y Augusto, para empezar, los prohibió á los galos que eran ciudadanos; pero Tiberio fué más lejos y los prohibió á todos los galos sin excepción. A Roma corresponde el honor de haber combatido esas abominables prácticas, pero estaban éstas demasiado inveteradas para dejarse extirpar sin resistencia. Una nueva prohibición ordenada por Claudio al principio de su reinado fué más eficaz, y á consecuencia de la misma no quedó de aquellos ritos más que una ceremonia inofensiva, un simulacro de sacrificio que se reducía á sacar algunas gotas de sangre de la víctima.

A esto se redujo la persecución contra los druidas, que no fué una persecución religiosa, puesto que se inspiró únicamente en razones de policía y de humanidad. Y sin embargo, no por esto dejaron de ser decisivas sus consecuencias: los druidas, heridos en su existencia

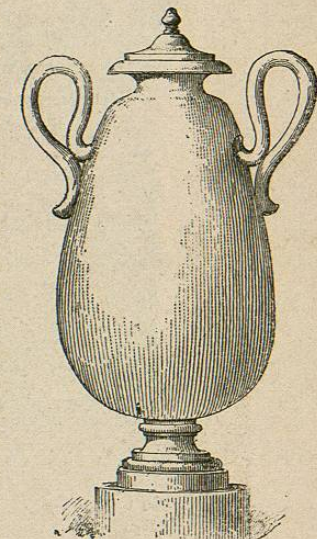
(1) OBRAS DE CONSULTA.—Libro II, capítulo I, párrafos 2 y 3. D'Arbois de Jubainville, *Les druides sous l'empire romain*, «Revue archéologique», 1879. Duruy, *Comment perit l'institut druidique*, idem, 1880. Bloch, *L'interdiction des sacrifices humains á Rome et les mesures prises contre le druidisme*, «Melanges de Rossi», suplement aux *Melanges de l'Ecole française de Rome*, 1892. Boissier, *La religion romaine d'Auguste aux Antonins*, 1874. Preller, *Römische Mythologie*, tercera edición por Jordan, 1881. Cumont, *Textes et monuments figurés relatifs aux mystères de Mithra*, 1896-1899. Decharme, *Cybele*. Lafaye, *Isis*, «Dictionnaire des antiquités», de Saglio.—Sobre las costumbres: Fustel de Coulanges, *L'invasion germanique*, 1891, páginas 206 y siguientes. Samuel Dill, *Roman Society in the last century of the Western Empire*, 1898.

(2) *Historia Natural*, XXX, 13.

corporativa, en sus privilegios, en su culto, ó por lo menos en aquella parte de su culto que se dirigía á las imaginaciones para dominarlas por medio del terror, perdieron su fuerza y su prestigio, acabando de consumarse la ruina de su influencia cuando la juventud abandonó sus escuelas para estudiar con los retóricos latinos, con lo que su clientela vióse privada de los elementos más escogidos de la nación. Es indudable que esta decadencia les hirió en lo más vivo, pues ya hemos visto que aconsejaron la rebelión después de la muerte de Nerón; pero desde aquel entonces sólo de tarde en tarde volvemos á encontrarles ejerciendo de adivinos populares ó, por mejor decir, de adivinas, ya que druidesas y no druidas son los que dicen la buena-ventura á Alejandro Severo, á Aurelio y á Diocleciano; y aun cabe preguntarse si aquellas profetisas son las herederas del sacerdocio galo ó de la Veleda germánica. De todos modos es un hecho cierto que en el siglo IV existían aún algunas familias que se vanagloriaban, con razón ó sin ella, de descender del sacerdocio druidico: Ausonio cita á dos de sus amos que contaban druidas entre sus antepasados; uno de ellos había sido sacerdote de Beleno, lo que no le impidió cursar literatura clásica en la Universidad de Burdeos.

Los dioses sobrevivieron á sus ministros, bien que transformándose, como todo á su alrededor se transformaba, es decir, romanizándose. No hemos de repetir aquí lo que sobre este particular expusimos en otro lugar de esta historia (3); algunas observaciones bastarán á nuestro objeto.

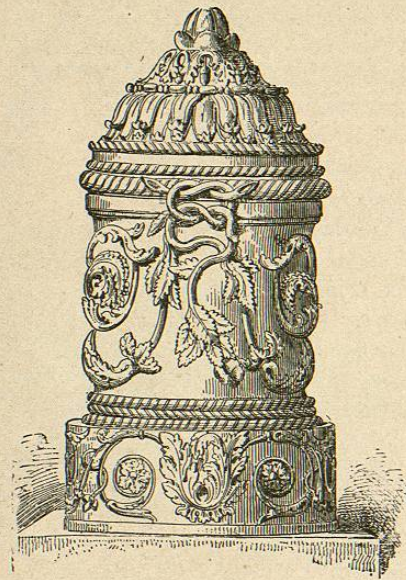
La asimilación de los dioses galos y de los dioses romanos, preparada y como decretada de antemano por las identificaciones de César, estaba conforme con la doctrina de los antiguos, que en medio del caos de las mitologías distinguían perfectamente el fondo común de donde todas salieran. Además, estaba autorizada por un ejemplo ilustre: ¿acaso los dioses de Roma no se habían fundido ya con los de Grecia? La aproximación á los de la Galia no era tarea más difícil. Los dioses galos, á su vez, no creyeron abdicar ni decaer, sino, por el contrario, elevarse á un grado mayor de perfección transformándose como se habían transformado los dioses vencedores suyos; con ello asociábase la Galia al sincretismo universal. En efecto, en las demás provincias se repetía el mismo fenómeno; las creencias aspiraban á confundirse como las patrias y la unidad religiosa llegaba á ser para todo el Imperio el complemento de la unidad política.



Urna cineraria. (Museo del Louvre.)

(3) Libro II, capítulo I, párrafo 2.

La transformación de los dioses galos realizóse por medio de la nomenclatura y de la plástica, siendo esta última el principal agente de ella. Cuando los galos quisieron dar á sus dioses forma corpórea, se dirigieron naturalmente á los artistas de Grecia y Roma, y no les pidieron que inventaran, sino que las más de las veces se contentaron con los temas consagrados por el arte greco-latino: el Mercurio romano prestó sus rasgos físicos á su equivalente céltico, y el Dispáter indígena dejóse adorar bajo las formas del Serapis egipcio. En algunos aunque pocos casos fué un símbolo gallo el que modificó la fisonomía del dios extranjero: la rueda convirtiéndose en insignia de Júpiter, metamorfoseado en dios del sol. O



Urna cineraria. (Museo del Louvre.)

bien fué otro emblema que, merced á una adaptación ingeniosa, cambió de naturaleza y de significación: el martillo de Taranis se prolongó para representar el centro del señor del Olimpo. Con menos frecuencia todavía creáronse formas originales, como sucedió respecto de Cernunnos y otras divinidades, siendo en tales casos curioso ver esas figuras enigmáticas, extrañas, puestas al lado de los tipos de la iconografía clásica: en un altar de Reims, el dios cornudo está sentado entre Mercurio y Apolo, y uno de los altares exhumados en París, en la iglesia de Nuestra Señora, nos ofrece en sus dos caras un leñador en ademán de derribar un árbol, y un toro llevando tres grullas sobre su espalda: el leñador se llama Esus; el toro, Tarvos Trigaranus. Los nombres y los atributos son galos y, por otra parte, misteriosos. Las otras dos caras del monumento representan á Júpiter y á Vulcano.

También han variado los procedimientos por lo que toca á la nomenclatura: los nombres galos latinizados aparecen aislados en un gran número de inscripciones y las más de las veces se añaden al nombre romano sirviéndole de epíteto, como por ejemplo: *Mars Camulus*, *Apollo Borvo*. En muchos casos el epíteto es puramente topográfico, que evoca los recuerdos de la devoción local y permite que se transparente detrás del dios nuevo aquel otro dios á quien éste ha reemplazado sin hacerlo olvidar. Es evidente que los habitantes de

la Meseta central no confundían el Mercurio arvernio con su homónimo de Italia.

El carácter local, común á la mayoría de las divinidades galas, sugirió otro medio para vestir las á la romana: Augusto había reconstituido en Roma el culto de los lares de las encrucijadas (*Lares compitales*), agregando á los lares antiguos, que eran dos, el genio del emperador. Con esta asociación los lares ganaron el epíteto de Augusto que los identificó, por decirlo así, con ese tercer genio. Pues bien, en la Galia aplicóse ese epíteto á todas las divinidades que podían asimilarse con los lares, y casi todas se encontraban en este caso, sirviendo de esta suerte á un doble fin, puesto que imprimía en la religión gala el doble sello de la religión romana y de la religión imperial.

La predilección que por los cultos locales sentían los galos explica la diligencia con que adoptaron el culto de los «genios.» La noción del *genius* es bastante difícil de analizar: los romanos entendían por tal una especie de doble yo, ligado á nuestra persona, que participaba de la naturaleza y del sexo de ésta, que nacía y moría con ella y que, sin embargo, era exterior á la misma y superior en el sentido de que la protegía y de que con este título ocupaba un puesto entre los dioses del hogar. La colectividad tuvo su genio como el individuo, y así se erigieron en toda la Galia altares dedicados al genio de la ciudad. A este genio unióse el del emperador, considerado como otro genio tutelar y como el primero de los dos.

El culto de la diosa «Tutela» respondía á las mismas ideas con la sola diferencia de que era una verdadera divinidad dotada de una existencia propia, independiente de la de sus protegidos; la Tutela protegía, por otra parte, no á una colectividad, una abstracción, sino una cosa real, concreta, imperecedera, un territorio, el lugar ocupado por una ciudad. En el fondo no se distinguía de la divinidad poliada; pero como el verdadero nombre de ésta podía no ser conocido con precisión ó podía haber interés en mantenerlo oculto, á fin de evitar que fuera invocado por el enemigo, los romanos imaginaron substituirlo por el nombre impersonal de *Tutela*. Esta denominación, acompañada del inevitable epíteto *Augusta*, no se encuentra más que en las inscripciones del Sudoeste; en otras partes se adora á la misma divinidad local bajo su nombre verdadero, muy á menudo idéntico al de la ciudad: la diosa *Nemausus* (Nimes), la diosa *Bibracte*. Algunas veces se identifica con un dios romano, caracterizándose por un epíteto tópico: Marte *Vincius*, por ejemplo, no es sino el dios protector de la ciudad de Vence. El nombre de la divinidad local puede también ir precedido del nombre *Tutela*, y en Perigueux (*Vesunna*) se ve todavía la torre de Vesone, que es un resto del templo dedicado á *Tutela Vesunna*.

El culto de los Genios y de las Tutelas, que indudablemente había echado raíces muy poco hondas en los sentimientos íntimos de los galos, ejerció una influencia considerable sobre su vida política, pues agrupando como agrupaba á los hombres alrededor de un mismo altar y de un mismo hogar, contribuyó al desenvolvimiento del régimen municipal. Fué el culto municipal por excelencia, y de aquí que, junto con el de los emperadores, ocupara el primer puesto en la religión oficial de la ciudad.

Ocioso es decir que los dioses importados por la conquista no se confundían siempre ni necesariamente con los dioses indígenas; se les admitía por lo que en sí mismos eran, siendo en verdad difícil distinguir aquellos casos en los cuales conservaban á los ojos de sus adoradores su fisonomía propia, franca y exclusivamente romana. Sin embargo, cuando los galos invocaban á Júpiter, el muy bondadoso y muy grande, sus preces dirigíanse realmente al Júpiter romano; y cuando instalaban en sus capitolios la misma tríada que reinaba en el Capitolio de Roma y que se componía de Júpiter, Juno y Minerva, es evidente que únicamente pensaban en estas divinidades.

La extensión de las religiones orientales, que es el hecho culminante en la historia religiosa del Imperio, obsérvese también en la Galia. Todas esas religiones asemejábanse entre sí por algunos rasgos generales, como la importancia del sacerdote, la influencia de la mujer, las cofradías piadosas, las prácticas devotas, los ardores místicos, las expiaciones, los misterios y las promesas y la visión de otra vida. Con ello respondían á las necesidades del tiempo, á los impulsos de las almas ávidas de esperanza, de fe y de pureza y seducidas por la parte de exaltación sensual y de charlatanismo que aquellas creencias entrañaban. Los misioneros de tales religiones eran los esclavos, los soldados, los mercaderes, ora fuesen éstos originarios de los países en donde aquéllas nacieran, ora las hubiesen adoptado al pasar por ellos; sus centros de difusión eran las ciudades militares y mercantiles.

Mithra, un dios iranio que comenzó por ser un mito solar y que acabó por revestir un carácter moral y por elevarse á la categoría de dios supremo, alcanzó en el siglo II, y sobre todo en el III, una voga extraordinaria en todo el mundo greco-latino. Por lo que toca á la Galia, era particularmente popular en las comarcas renanas; en ellas, en las dos Germanias, encuéntrase en gran número las dedicatorias al «Sol vencedor» y los bajos relieves que representan al dios inmolando el toro. En cambio, en las provincias propiamente galas es mucho menor la proporción de los monumentos mithriacos.

El culto de Isis estaba generalmente extendido en todas partes: Isis era una diosa egipcia que durante el período alejandrino había pasado á ocupar un puesto en la primera fila de las divinidades y que resumía todo el esfuerzo del sincretismo; una y múltiple, amoldábase á la inteligencia de los hombres vulgares y á la de los sabios, á las tendencias nuevas del monoteísmo y á las antiguas tradiciones politeístas. Ya hemos visto cuáles eran las relaciones entre el Egipto y la Galia y la influencia que en el arte galo-romano ejerció el alejandrismo; pues bien, la misma corriente llevó á las costas de Provenza y difundió hasta las orillas del Rhin la fama de Isis y de sus paredres, Serapis y Anubis. Preciso es mencionar además al Júpiter de Doliche, en Commagene, y al de Heliópolis, en Siria, *Júpiter Heliopolitanus*, *Júpiter Dolichenus*, dos divinidades puramente asiáticas que de Júpiter sólo tenían el nombre.

De todas las religiones orientales la que gozó de más favor, por lo menos en el Mediodía, fué la de la Gran Madre, la Cibele frigia, cuya acción dejábase sentir en los nervios por el carácter salvaje de sus ceremonias, la más curiosa de las cuales era el sacrificio denominado

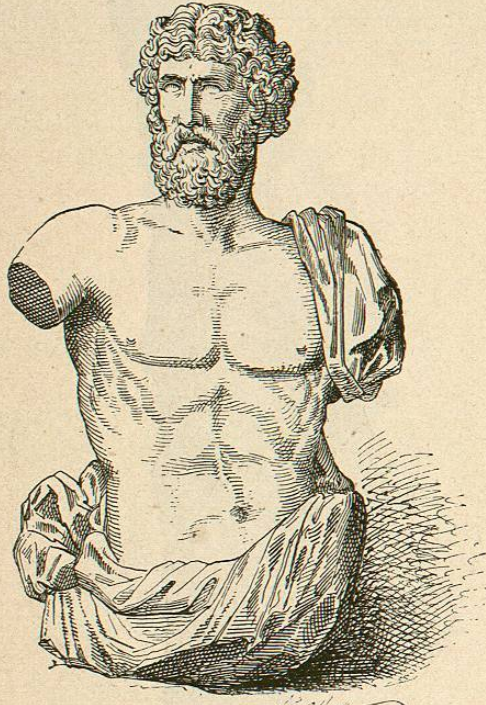
tauróbolo. Consistía éste en inmolar el toro encima de una zanja cubierta con planchas agujereadas; el devoto se colocaba debajo de éstas y la sangre de la víctima se derramaba por todo su cuerpo, así es que cuando salía de allí presentaba un aspecto repugnante, pero limpio de culpas, regenerado. El tauróbolo juntaba á sus efectos purificadores una virtud propiciatoria: ofrecíasele por



La diosa Tutela

la salud de la familia, de la patria, del emperador, siendo estas demostraciones de lealtad muy frecuentes en la Galia por parte de los particulares y de los poderes públicos. Tales ceremonias atraían un público numeroso, asistiendo á ellas los jefes de la ciudad, los magistrados, los decuriones con los ministros ordinarios del culto, los sacerdotes ó *galls*, castrados, llenos de afeites, sañándose las carnes, sacudiendo sus ensangrentadas cabelleras sobre sus brillantes túnicas, y la corporación de los *dendróforos*, cuya misión consistía en proporcionar el pino sagrado y llevarlo al templo de la diosa. Seguían luego los flautistas, las tocadoras de tambor, los «bailarines de Cibele», los «religiosos de la Gran Madre», todo un clero de ambos sexos, irregular, errante, mendigo y sospechoso. La fiesta duraba varios días mezclada con procesiones, iniciaciones y ritos extravagantes, y terminaba con la inauguración de un altar conmemorativo en el que se veía una inscripción y algunos bajos relieves que representaban la cabeza del toro cubierta

de guirnaldas y la espada que había dado muerte al animal. Lyon, Burdeos, Narbona, Vence en los Alpes Marítimos, Tain en la ciudad de los alobrogos y Die en la de los voconcios nos ofrecen uno ó varios de estos monumentos; pero en ninguna parte abundan tanto como en Lectoure, en Aquitania, en donde el culto de la Gran Madre excitó, al parecer, los más vivos entusiasmos y reclutó el mayor número de adeptos. De treinta y nueve inscripciones descubiertas en aquella ciudad, veintidós son taurobólicas y se dividen, en su mayoría, en dos grupos referentes á dos taurobolos ofrecidos uno en 18



Torso de Júpiter. (Museo del Louvre.)

de octubre de 176 al emperador Gordiano y otro en 8 de diciembre de 241 al emperador Gordiano III: ambos se ofrecieron por mandato de los decuriones, pero al mismo tiempo que se realizaba el sacrificio público, asociábanse á ellos diversos habitantes, especialmente mujeres, haciendo celebrar otros taurobolos á sus costas y por la misma intención.

Sería en extremo interesante conocer el nivel alcanzado por la moralidad en medio de aquella efervescencia de las almas; pero á la historia no se le puede exigir, como muy acertadamente ha dicho Fustel de Coulanges, un juicio formal sobre el valor moral de los pueblos. Para averiguar la vida de los galo-romanos tenemos la literatura y la epigrafía; sin embargo, estos documentos no son dignos de una confianza absoluta, pues por un lado los epitafios no consignan los defectos y por otro los textos literarios se contradicen según los puntos de vista y el humor de sus autores. Lo único que positivamente se sabe y que resulta ser una verdad trivial, es que aquella sociedad era, como todas, una mezcla de mal y de bien: era laboriosa, aficionada á las labores intelectuales, ávida de creencias, capaz de preocupaciones desinteresadas; honraba las virtudes domésticas, el amor conyugal, la piedad filial, la solicitud de los amos por los esclavos y la abnegación de los esclavos

por los amos, y si bien es cierto que no siempre practicaba las virtudes que honraba, no lo es menos que de fijo no las habría honrado tanto si alguna vez no las hubiese practicado.

He aquí algunas inscripciones entresacadas de las de Lyon y Vienne: «A los dioses Manes y á la memoria eterna de Marcelina, hija de Solicia, alma muy pura y del más raro ejemplo. Murió á la edad de veinticuatro años, cinco meses y cuatro días, sin haber ocasionado el menor disgusto á su marido y contenta por ser la primera en ocupar su puesto en el sepulcro. Martinus, en vida, ha erigido esta tumba á su esposa muy amada y para sí mismo.»—«A los dioses Manes y á la memoria eterna de Matia Vera. Ha vivido conmigo treinta y seis años, tres meses y seis días, sin haberme ocasionado el menor disgusto. Nuestro largo amor ha fenecido roto por la muerte. ¡Ojalá que el destino nos hubiera llevado á ambos á la tumba al mismo tiempo.»—Un veterano del ejército de Germania se casó con una liberta, la cual expresa su agradecimiento hacia él en los siguientes términos: «Me ha mantenido con su trabajo y ha tenido para conmigo la benevolencia de un patrono y el cariño de un padre.» Unas veces es un padre ó una madre que lloran á su hijo: «Niño encantador, que los crueles destinos han mostrado á sus padres sin dárselo, para arrebatárselo con una muerte prematura. Vivió once años, seis meses y veintiséis días y ya brillaba en el estudio de las letras; era de todos querido por su gracia infantil, no menos que por su piedad filial, y anunciaba en tan corta existencia las promesas de un fruto glorioso y ha dejado á sus padres un dolor sin fin.»—Otras veces se trata de simples *alumni*, niños abandonados, recogidos por la caridad, que legalmente pertenecen á esclavos ó libertos y cuya pérdida arranca á sus padres adoptivos amargas lamentaciones: «Le había educado como á un hijo y hecho instruir en los estudios liberales... No ha podido disfrutar de sí mismo ni del porvenir que le estaba reservado, y si únicamente de esta tumba que para él y para sí misma le ha erigido una mujer desgraciada.»—Se ensalza en los jóvenes la castidad y la pureza: «A los dioses Manes y á la memoria eterna de Varenio Lupo... joven lleno de pudor. Vivió veintiún años, siete meses y quince días. Rota por los destinos, su juventud descansa aquí.»—«A los dioses Manes y á la memoria eterna de Vireyo Vitalis... joven de una habilidad maravillosa en el arte de trabajar el hierro... Vivió diez y nueve años, diez meses y nueve días... virgen y siendo por su cordura la admiración de sus amigos y de sus padres.»—«Debo á los dioses—decía Marco Aurelio—el haber conservado intacta la flor de mi juventud, el no haberme hecho hombre antes de la edad y aún algo después.» ¿No es conmovedor el hecho de encontrar los mismos escrúpulos delicados en un simple artesano (1)?

Ausonio nos introduce en la sociedad de la alta clase media; nacido en ella, nos ha hecho por sí mismo los honores de su familia en una serie de retratos que, aun suponiendo que están algo favorecidos, deben oponerse como contrapeso necesario á las declamaciones de Salviano. En esa misma Aquitania en donde un sacer-

(1) *Corpus inscript. latin.*, XIII, 2200, 2205, 1862, 1910; XII, 2039; XIII, 2037, 2036.

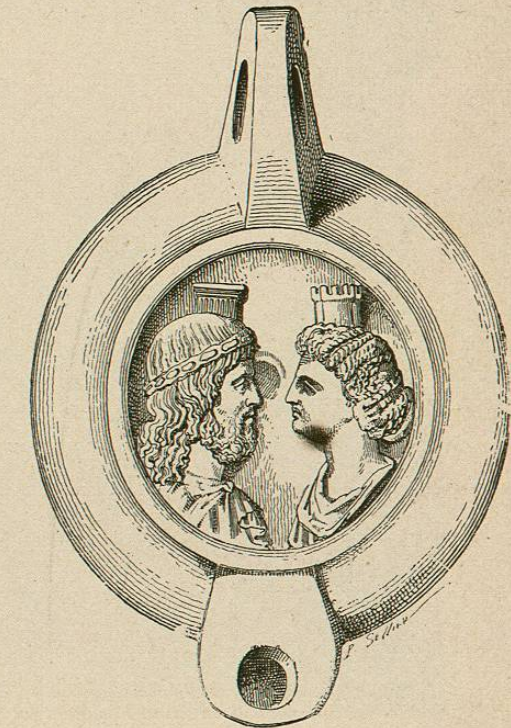
CAPÍTULO III

LA ORGANIZACIÓN SOCIAL

I. Las clases urbanas. El comercio. Las vías de comunicación. Las corporaciones.—II. La aristocracia territorial y la plebe rural. La gran propiedad y los orígenes de la servidumbre.

I.—*Las clases urbanas. El comercio. Las vías de comunicación. Las corporaciones (1).*

La transición entre la sociedad gala, tal como nos es dado vislumbrarla en la época de la independencia, y la que le sucedió después de la conquista, escapa casi



Serapis é Isis. (Lámpara del Museo del Louvre.)

dote rigorista sólo quiere ver abismos de corrupción, el poeta bordelés nos presenta un hogar esencialmente honrado, grave, de buena posición y con todos los refinamientos de la más delicada cultura. Su padre era un médico famoso, lo cual no es lo mismo que un buen médico ni mucho menos que un médico sabio, puesto que la decadencia universal no había respetado el arte de Galeno; pero su carácter valía más que su talento. Vivió como un sabio, modesto en sus deseos, á pesar de haber también llegado, antes que su hijo, á las más altas funciones; económico sin avaricia, bienhechor, caritativo con los pobres, respetado y amado por todos. En esa galería, los tipos femeninos son tal vez los más interesantes y variados. Muy lejos de ocupar en la casa una situación humilde y de inferioridad, como generalmente se cree con sinrazón manifiesta, la mujer tiene allí reservado un puesto eminente. La madre del poeta era la virtud misma, seria sin austeridad, y gobernaba su hogar con una mezcla de rigor y de dulzura. Su cuñada, amable, risueña, bonita, mal casada con un hombre ligero, descuidado, había tenido que asumir la gestión de la fortuna común y «jamás cubrió su frente la más leve nube que pudiera hacer creer en la apariencia de un reproche.» Dos de sus tías habían permanecido solteras, la una para juntar dinero y la otra con miras más elevadas, para estudiar «como un hombre.» Y en efecto, habíase dedicado á la medicina, impulsada por el ejemplo ilustre que á su lado tenía, creándose de esta suerte una existencia independiente y empleada con provecho; al mismo tiempo había sido una segunda madre para su sobrino, quien recuerda emocionado su solicitud y su cariño.

El síntoma alarmante para aquella sociedad no son las costumbres, sino una especie de debilidad y una á modo de languidez creciente en el pensamiento especulativo y en la acción cívica. Este síntoma ya lo hemos observado en el orden intelectual, en el que no encontramos ninguna iniciativa, ningún esfuerzo, ninguna regeneración, limitándose toda la actividad á repetir lo que ya se ha dicho. Igual atonía se ve en la vida pública: la aristocracia administra, no gobierna; cumple su misión de una manera maquina, pasiva, servil, siempre dispuesta á someterse á los acontecimientos que no ha dirigido y á los amos que no ha creado; posee riquezas, conocimientos, todo cuanto necesita para mandar, pero le falta el gusto del mando. Desde este punto de vista, nada tan significativo como el desprecio que le merece el servicio militar; su desertión del ejército en una época en que éste es la única fuerza viva, da la medida de sus aptitudes y de sus ambiciones.

La energía humana se ha desviado hacia otro objeto: las cuestiones religiosas, al avanzar hasta el primer término, han empujado á la sombra todo lo que en otro tiempo monopolizaba la atención de los hombres; este será en lo sucesivo el campo de batalla para las inteligencias y las voluntades. ¿Qué valen ya ante estas preocupaciones ultraterrestres la ciencia y la política? Una y otra han sido abandonadas y ambas por las mismas razones; y este estado de espíritu nos da la clave de muchos problemas, pues él determinó la debilidad de Roma contra los bárbaros, aseguró el éxito de las religiones orientales y preparó el triunfo de la que debía eclipsarlas á todas, la religión cristiana.

por completo á nuestra consideración. El régimen del clan no podía subsistir bajo la dominación romana, así es que si bien encontramos aún la antigua clientela en el Norte, en el año 21 después de J. C., cuando la rebelión de Floro (2), la vemos luego transformarse, apareciéndose en lo sucesivo la misma constitución so-

(1) FUENTES.—Sobre el comercio, además de los textos epigráficos, Estrabón, IV, 1-4. Plinio, *Historia Natural*, etc.—Respecto de las vías de comunicación, además de las piedras miliarias publicadas en el *Corpus inscript. latin.*, *Itinerarium Antonini*, edición Parthey et Pinder, 1848, y *Table de Peutinger* (véase más abajo).—Acerca de las corporaciones, *Digesto*, L, 6, 3-4. *Código Teodosiano*, especialmente libro XIV. Los textos epigráficos en Waltzing, III (véase más abajo).

OBRAS DE CONSULTA.—Sobre el comercio, Desjardins, *Géographie de la Gaule*, I, 1876. Pigeonneau, *Histoire du commerce de la France*, I, 1885. Véase también el libro II, capítulo I, párrafo 1.—Respecto de las vías de comunicación y de los viajes, Desjardins, obra citada, IV, 1893. *Géographie de la Gaule d'après la table de Peutinger*, 1869. Jullian, *Routes romaines et routes de France*, «Revue de Paris», 1900. Friedländer, *Darstellung aux der Sittengeschichte Roms*, II, quinta edición, 1881.—Acerca de las corporaciones, Levasseur, *Histoire des classes ouvrières en France*, I, segunda edición, 1900. Waltzing, *Etude historique sur les corporations professionnelles chez les Romains*, 1895-1899.

(2) Tácito, *Anales*, III, 42.